atragantando á ella. Detúvose á mirar el cuadro con aire de inteligente.

—¡Bonita idea!... La *fattura* es correcta... ¿Quién es?...

De nuevo se encogió Damián de hombros.

—Es una francesa, huérfana de un general, que pinta esas cosas... El Sr. Marqués le compró hace tiempo ese cuadro...

—¡Ah, sí!... Ya sé quién es: vive en la calle de Reboll, núm. 68. ¿Cómo se llama?...

—Se llama... se llama... Pues no me acuerdo... Una cosa rara, asi como un nombre de jarabe...

Currita moderó un movimiento de impaciencia, porque la cosa iba ya picando en historia. La una decía que era nombre de píldora y el otro que de jarabe, y sólo se sacaba en claro que era cosa de botica.

Al pasar por el comedor salió á saludarla el ama de llaves muy atenta y obsequiosa, ensanchando cuanto pudo su robusta persona, para taparle la vista de la mesa en que se hallaban los restos de la francachela que, en ausencia de su amo, celebraban aquellos granujas. Acudió el cocinero por el otro lado, pillo de siete suelas con aire bonachón y campechano, y la invitó también á ver su cocina. Currita se puso muy encarnada... y no se atrevió á rehusar.

Apretando los puños de rabia y de despecho entró la dama en su berlina, y dió orden al cochero de ir á casa del general Belluga... Aquella taimada risita del jockey, aquel barullo inverosímil que le impedía ver si su amo acompañaba á unas damas, dábanle malísima espina, y preciso era que ella apurase la verdad por sí misma.

El coche del general estaba en la puerta, reclinado el lacayo contra el quicio, tieso el cochero en el pescante con la fusta enarbolada. La Condesa encontró en la escalera, prestas á salir de paseo, á la generala y sus hijas, dos ángeles acabados de salir del colegio de York, en Inglaterra, que comenzaban á perder en la atmósfera viciada de los salones su perfume natural de candor y de pureza, como pierden su sana fragancia el romero y el tomillo encerrados en una caja de almizcle. Llamábalas la Condesa sus ahijaditas, porque en su famoso baile de *ancha base* habían sido presentadas, bajo los auspicios de la dama, por primera vez en el mundo.

Las señoras quisieron volver atrás, y Currita, sin oponerse mucho al cumplido, consintió bien pronto en ello... ¡Oh! traía ella las de Caín; como que venía nada menos que á embargarle por toda la tarde á una de sus ahijaditas; estaban atareadísimas ella y otras señoras, pidiendo por todas partes hilas para los pobrecitos heridos y objetos de todo género para la rifa, la *Kermesse*, que prometía estar divertidísima. Habíanla dejado á ella sola aquella tarde, y por eso venía á buscar una compañera agradable, un *ángel de la guarda*, que la ayudase á tender la caña.

¿Qué corazón compasivo resiste á un anzuelo semejante?...

Y besó en la mejilla á la mayor de las dos hermanas, Margarita, que fijaba en ella sus ojazos de color de cielo, sonriendo con la inocencia con que sonríe un niño á los varios juegos de luz que forma el reflejo sobre las brillantes escamas de una serpiente. La generala aceptó enseguida creyéndose honradísima, y aquella señora ejemplar, aquella madre cariñosa y cristiana que había educado á sus hijas en el santo temor de Dios y en el cercado de la pureza, fió sin reparo alguno el más bello de sus ángeles, á aquella pícara redomada, aquella bribona indecentísima!...

Salieron todas juntas, delante la Albornoz, apoyada en el brazo de Margarita; en mitad de la escalera volvióse aquélla muy animada:

—Como despacharemos tarde, me llevaré á comer á mi ahijada. ¿Me da V. su permiso?...

—¡Pues no faltaba más, Condesa!

—¡Gracias, querida, gracias!...

En el tarjetero de la berlina traía Currita un papelito, en que se veían apuntados gran número de nombres y de señas; hicieron dos visitas, á una magistrada del Tribunal Supremo y á una brigadiera de artillería, dignísimas señoras, á quienes después de sacar los cuartos la olímpica Condesa, puso en ridículo con desvergonzado gracejo, haciendo desternillar de risa á la inocente Margarita. Entonces dió al lacayo unas señas que estaban apuntadas con lápiz, las últimas, de su letra misma.

—Calle de Rebollo, núm. 68... Hôtel...

—¿Quién vive allí?—preguntó Margarita.

—Pues no sé... Es una francesa que pinta... Con tal que le saquemos algún cuadrito...

—¿Sabe V. que esto es muy divertido?...

—¡Ya lo creo: divertidísimo!... Ver las caras tan cómicas de esa pobre gente, cuando se les pone al pecho el puñal de la caridad.

—¡La bolsa... ó el ridículo!... Y entregan las pobrecillas la bolsa, y se quedan también con el ridículo.

—¿Me traerá V. otra tarde, Condesa?...

—Sí, hija mía, con mil amores... Pero no me llames de V., háblame de tú, dime Curra... ¡Vamos, que no soy tan vieja!...

Llegaron á la calle de Rebollo, núm. 68, y paró el coche ante el Hôtel, especie de bombonera, más pretenciosa que artística, más bonita que lujosa. Currita bajó la primera, nerviosa, un poco pálida, pero no de vergüenza ni de miedo, sino de ira, de anhelo, de despecho... Por fin iba á entrar agarrada al manto de la caridad, haciendo hincapié en

las llagas de los heridos del Norte, en la guarida de la fiera, y á cerciorarse por sí misma de si eran de la droga aquella, fuese píldora ó jarabe, los equipajes que había visto Demetrio en el coche reservado. Por eso, y sólo por eso había emprendido la bribona aquella ronda caritativa, escogiendo por compañera aquella inocente niña, incapaz de sondear la capa de cieno que estaba pisando. Un *groom* monísimo, el que había visto Currita en el teatro Real la noche del estreno de *Dinorah*, se hallaba á la puerta: preguntóle ella si las *señoras* estaban en casa, y el chico contestó afirmativamente, haciendo entrar á las damas en un saloncito de la planta baja. Currita pensaba:

—De fijo que está de viaje y me encuentro cara á cara con la vieja...

Un perrillo microscópico y feísimo salió de entre unas mantas al lado de la chimenea, y comenzó á ladrar, retirándose después gruñendo y tiritando. Dióle á Margarita miedo el feo animalejo.

—¡Parece un diablillo malo!—decía.

Estaba el salón medio á oscuras, los muebles sucios y revueltos, y veíanse prendas de vestir sobre algunas sillas. En una mesa maqueada, de trabajo muy lindo, había entre varios juguetes de porcelana y un álbum de retratos, una gran chocolatera de cobre, vieja y requemada, con su molinillo de palo muy tieso, chorreando el espeso líquido. La Condesa mostró á Margarita con la punta de la sombrilla el extraño *bibelot*, diciendo muy bajo:

—Caprichos de artista...

Margarita rompió á reir, conteniéndose á duras penas, y la Condesa, no obstante su preocupación, vióse forzada también á soltar la risa, añadiendo á media voz.

—Con tal que no nos mande á la *Kermesse* este utensilio...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Sonó una puerta en lo interior, luego otra más cerca, y el *groom* levantó la cortina: Currita respiró desahogada... Entraba la dama duende, la incógnita de las camelias, con el aplomo y el descoco de una *diva* de café cantante que se presenta ante el público, fijando en él una mirada de provocación más bien que de temor ó de extrañeza. La Condesa no se aturdió tampoco; con la exquisita distinción de la gran señora de raza, que tan en alto grado poseía, y el aplomo de la mujer de mundo que encuentra reparos para todos los apuros, y salida para todos los laberintos, y palabras para todas las situaciones, expuso á la dama anónima el objeto de su visita. Ella se conmovió mucho... *Amabá á la España muy fuerte, y estaban los carlistas unos brigantes muy atrevidos, como Diego Corrientes y Gosé María.*

Currita, al oirle chapurrear tan desastrosamente el castellano, hablóle en francés, y ella agradeció la atención con una amable sonrisa. Comenzó entonces á hablar con grande soltura y elegancia, lamentando los estragos de la guerra, ensalzando la misión de la mujer, ponderando la virtud de la caridad con el fuego y el entusiasmo de Vicente de Paúl en persona. Currita le dijo sonriendo:

—Veo que no me he engañado al apelar á sus sentimientos de V., y espero que nos enviará algún socorro para nuestros pobres heridos.

—¡Oh! sí, sí...

—Cualquiera cosa; lo que V. pueda... Algún *bibelot* para la *Kermesse*.

—¡Oh! sí, sí... Enviaré algún objeto de arte...

Margarita se mordió los labios para no soltar la risa; pensaba si sería la chocolatera el objeto de arte prometido. Currita díjole entonces con graciosa sonrisa:

—Y si ese objeto de arte es obra de su genio de V., será mucho más agradecido.

—¡Oh!... ¿Mi genio?—exclamó la otra muy sorprendida.

—Sí; su genio he dicho... Ya sabe V. que esas cosas no pueden ocultarse... Su paisana Mme. Staël lo dijo: donde hay genio, brilla.

—¡Oh!...

—El Marqués de Sabadell—prosiguió Currita dejando caer lentamente las palabras—me enseñó aquel ramito de camelias que... *le vendió* V. hace tiempo... ¡Es un *quadretto* delicioso! Si manda V. á la *Kermesse* una *pochade* parecida, no habrá regalo que la iguale...

La dama anónima sonreía, sonreía siempre, con los ojos bajos, como abrumada por el peso de aquellas lisonjas que hacían vibrar las aletas de su fina nariz, con estremecimientos de rabia. Currita quiso darle el golpe de gracia, y con aire de bondadosa protección, díjole entonces:

—¿Y tiene V. muchas discípulas?

Enderezóse la otra bruscamente, como si la idea de que trabajase para vivir la ofendiera demasiado.

—Me había dicho el Marqués que daba V. lecciones de pintura.

—¡Oh! no, no. No soy profesora: discípula, pobre discípula...

Y con su suave acento y sus modestos meneos, disimulaba y contenía el impulso feroz que hace á la gata rabiosa tirarse á los ojos del contrario: dióse al fin Currita por satisfecha, y marchóse dejando á su parecer á la dama duende confundida y humillada. Al arrancar la berlina soltó al fin Margarita la risa, exclamando entre inocentes carcajadas:

—¿Pero que haría en el salón aquella chocolatera?...

—¿Pues no te lo he dicho?—replicó la Albornoz haciendo coro á las risas de la niña.—De seguro que la manda á

la *Kermesse,* como un *bibelot* nunca visto: verás como no me equivoco.

Tres días después, pudo Margarita convencerse de que su ilustre amiga y madrina, se equivocaba por completo... Pedro López había dicho, y millares de lectores lo vieron en *La flor de lis,* que el ángel de la caridad había sentado sus reales en el palacio de la celestial Condesa de Albornoz... Fuese ó no esto cierto, éralo, sin embargo, que de los cuatro ángulos de la villa y corte, afluían al palacio preciosos regalos para la *Kermesse,* patrocinada por la dama, que iban quedando expuestos al público, con grande primor colocados en los varios salones: por las noches en uno de ellos expléndidamente iluminado y en torno de una larga mesa cubierta por rico tapiz de tintas oscuras, agrupábase un risueño enjambre de jóvenes doncellas y apuestos donceles—así los llamaba Pedro López—que barajados y confundidos formando parejas, y más pegaditos entre sí ellas y ellos de lo que la temperatura ordinaria pedía de suyo, dedicábanse á la caritativa tarea de hacer hilas para los infelices heridos del Norte. Currita, deseando despertar la emulación en provecho de los pobrecitos heridos, distribuíalos de esta suerte, y era verdaderamente un encanto que arrasaba en lágrimas los ojos, ver aquellas tiernas parejas de inocentes doncellitas de quince á veinte años, y castos mancebitos de veinte, treinta y hasta cuarenta, sacando hilas del mismo trapito, sosteniendo por lo bajo pláticas caritativas que les animaban á la santa obra, todo, por supuesto, bajo la inspección de la angelical Condesa de Albornoz, que iba de un lado á otro distribuyendo las parejas, repartiendo los trapitos, recogiendo en bandejas de plata, ayudada de sus micos, la obra ya hecha, animando á los perezosos con una sonrisa, enfervorizando á los tibios con una palabra, prendiendo por todas partes el fuego de

caridad que la abrasaba á ella misma. Ni el báculo de San Francisco, ni el manto de Santa Teresa, ni el ceñidor de San Ignacio de Loyola hicieron nunca curas tan milagrosas como las que habían de operar aquellas hilas, con tan pura intención trabajadas, en las heridas, llagas y tolondrones de los pobrecitos heridos del Norte. Aquello merecía ser visto, y Diógenes, que lo vió una vez, manifestó en el Veloz-Club ya muy entrada la noche, lo que le habían parecido las parejas de operarios, y lo que le había recordado su directora y maestra...

Los personajes más conspícuos de la corte pasaban por allí pagando su tributo, y hasta D. Casimiro Pantojas había hecho una noche sus hilitas, sin más que un ligero percance, hijo de su cortedad de vista: equivocó el trapo con el rico pañuelo de batista de la dama vecina, olvidado encima de la mesa, y púsose muy afanado á sacar hilas de este, haciendo dos pelotones finísimos. Alzó el grito la dama, porque tenía para ella el pañuelo grandes recuerdos, y desolado D. Casimiro al reconocer su error, devolvióselo con un fleco en torno de cuatro dedos de ancho.

Dos figuras de primera magnitud habíanse, sin embargo, hecho notar por su ausencia, y eran estas el Marqués de Butrón y el tío Frasquito: creíase que un pertinaz constipado tenía encerrado á éste entre las cuatro paredes de su casa, y no se ignoraba tampoco que las relaciones del gran Robinsón con la ilustre dama, habíanse enfriado algún tanto con motivo de la Vicepresidencia ofrecida y desairada. Sorpresa causó, pues, aquella noche ver entrar al peludo diplomático en el caritativo taller de las hilas, y acercarse á la Condesa con la más risueña de sus caras y el más expresivo de sus gestos: ella dejó escapar al verle una ligera exclamación de infantil alegría, y acrecentó el pasmo de todos gritándole con sus mimitos más suaves:

—¡Butrón... un trapito!... Nada, nada, aqui no se quieren ociosos... Venga V. á sacar hilas conmigo... Allí junto á mí; en mi mismo trapo...

Y dejando abandonada á su propio impulso, la filantrópica tarea de enardecer el fervor de sus operarios, retiróse á un rincón con el diplomático, llevando en la mano un fino trapito cuadrado y una bandeja de plata para colocar las hilas. Nada sabía aun Currita de Jacobo, y al ver entrar al sabio Mentor, figurósele que éste le traería noticias del prófugo joven Telémaco. Butrón estaba, sin embargo, en la misma ignorancia, y el mismo pensamiento y los mismos interesados deseos, traíanle en busca de la invulnerable Calipso. La repentina marcha de Jacobo habíale alarmado, temiendo se ocultase tras de ella algún enredo que perjudicase á sus trabajos políticos, y fingiéndose enterado de lo que deseaba saber, proponíase arrancar con maña á la dama el hilo del ovillo.

Currita y Butrón se miraron un momento en el apartado rinconcito, como invitándose á hablar mútuamente, y ella, viendo que el respetable diplomático no daba luz ninguna, púsose muy afanada á sacar sus hilas, y comenzó á confiarle sus pesares domésticos... Fernandito andaba muy mal, y le inspiraba su salud serios cuidados: su falta de memoria llegaba ya al punto de habérsele olvidado días atrás que había comido, y armar una pelotera terrible, queriendo por segunda vez sentarse á la mesa... Sánchez Ocaña y Letamendi le habían reconocido, y ambos opinaban que era aquello un principio de reblandecimiento cerebral que le llevaría lentamente á la sepultura... Ella estaba acongojada: si fuese siquiera una enfermedad repentina que se lo llevara Dios en pocos días... vamos, sensible era siempre quedar una mujer sola, con dos hijos que educar, sin tener á su lado hombre alguno... ¡Pero verle padecer tanto tiempo, consumirse poco á poco, sin esperanza ninguna!...

—Y cada día más tonto, Butrón, crea V. que no exagero... Yo creí que era imposible serlo más; pues nada, todos los días progresa...

El respetable Butrón dió un suspiro, y poniendo en el anzuelo el cebo de un consuelito, tendió delicadamente la caña.

—Siempre te quedará Jacobo, excelente amigo que sabrá aconsejarte... ¿No te ha escrito?...

Ella, arreglando con mucho primor su manojito de hilas, contestó sencillamente:

—Sí, ayer tuve carta... Por supuesto, que á V. también le habrá escrito...

—No; no he recibido carta ninguna, pero no me extraña... Al despedirse me dijo que hasta tener noticias seguras, no me escribiría. ¿De dónde te escribe ya?....

Las hilas se enredaron, y preciso fué inclinarse hacia la luz para buscar el hilito, haciendo una pausa mientras tanto.

—¿Querrá V. creer que no pone fecha ninguna?... Me dice, sin embargo, que escribe en el *restaurant* de la estación, esperando el tren ascendente... Como el pobre es tan extremoso, quiso á toda prisa sacarme de cuidados...

—Sí, muy extremoso—replicó Butrón—pero también muy atolondrado. ¿Á que no te pone señas ningunas?...

—No, ningunas...

—Pues ya tu ves, á mí tampoco me las ha dejado, y me precisa enviarle ciertas instrucciones que después de su marcha he recibido... Por eso venía á preguntarte esta noche, si sabías tú dónde paraba.

—Pues no lo sé, Butrón, y me tiene esto muy perpleja... Porque Damián me ha traído varias cartas que le han llegado por el correo, y no sé donde enviárselas...

—¡Si falta en esa cabeza algún tornillo!... Preciso será

esperar á que escriba de nuevo, y te encargo mucho que en cuanto recibas sus señas, me las envíes de seguida.

—Descuide V., Butrón pero le encargo también que no tarde en mandármelas si las recibe V. primero.

—Oh—replicó Butrón con mucha galantería:—imposible es que Jacobo cometa semejante pifia...

—¡Ay no, no, Butrón—dijo Currita con melancólico acento.—No crea V. que me hago yo ilusiones algunas: sé muy bien que no hay rival tan temible para una mujer, como la sota de bastos ó la esperanza de una cartera...

Y aquí se detuvieron los dos, convencidos por completo de haberse engañado recíprocamente, creyendo ella, hecha una furia, que Jacobo, de acuerdo con Butrón, había marchado á negocios del partido, sin decirle una palabra: juzgando él, hecho un basilisco, que Currita y Jacobo se emancipaban de su tutela, constituyéndose en cantón independiente, y obrando por cuenta propia en los negocios políticos... Un suceso repentino impidióles seguir explorando con la misma habilidad los respectivos campos: entró un criado trayendo un gran estuche de terciopelo granate muy oscuro, magnífico regalo para la *Kermesse*, que acababan de traer á aquella hora intempestiva, con la idea deliberada sin duda, de que pudiera ser admirado al mismo tiempo por toda la brillante concurrencia. Gorito Sardona, mico de guardia aquella noche, tomó el estuche de manos del lacayo, y púsolo sobre la mesa llamando á gritos á Currita. Acudió ésta seguida del diplomático, y un ligero grito que pareció arrancarle la admiración, y le arrancaban en realidad el temor y la sorpresa, se escapó de sus labios á la vista del estuche... Habíale recordado al punto otro enteramente semejante, con la sola diferencia de que sobre el oscuro terciopelo de la tapa de aquel otro, se destacaba bajo una corona de Marqués una caprichosa *S* de oro mate,

y en éste sólo se veía en aquel lugar un poco chafado el terciopelo... Tres segundos permaneció, sin embargo, inmóvil, contemplando el estuche, sin osar abrirlo: agrupábanse todos á su alrededor, oprimiéndola y estrujándola contra la mesa, ansiosos de contemplar la maravilla, y no hubo más remedio que apretar el resorte y levantar la tapa...

Una exclamación general de asombro se escapó de todos los labios, ahogando el sordo rugido de rabia y despecho que hinchó la garganta de Currita... Sobre el blanco terciopelo que forraba el interior, destacábase en toda su magnificencia la obra maestra de Enrique de Arfe, el marco antiguo de plata cincelada que había regalado ella á Jacobo en aquel mismo estuche, con su propio retrato de reina japonesa... Éste había desaparecido, y veíase en su lugar otra extraña fotografía: representaba una camelia de tamaño natural, y echada sobre ella como sobre el alféizar de una ventana, aparecía el busto de una mujer, de la dama duende que todos conocían, apoyada la mejilla izquierda sobre ambas manos cruzadas, mirando al frente con provocativa insolencia, sacando la lengua con gesto de pilluelo redomado á todo el que mirase el retrato por cualquier lado que fuese: por debajo, leíase escrito con muy buena letra inglesa:

Á LA EXCMA. SRA. CONDESA DE ALBORNOZ,

Mlle. de Sirop.

Nadie dijo una palabra, nadie hizo un comentario... En el embarazoso silencio que deja al descubierto las grandes vergüenzas, oyóse tan solo la suave vocecita de la Albornoz, que decía algún tanto temblorosa:

—¿Mademoiselle de Sirop?... ¡Qué delicia!... ¿Si será prima del jarabe Henry Mure, que han recetado á Fernandito?...